

MUERTE DEL GENERAL FOY.—LA LEY DE JUSTICIA Y DE AMOR.—CARTA DE MR. BENJAMIN CONSTANT.—LLEGO AL MAS ALTO PUNTO DE MI IMPORTANCIA POLÍTICA.—ARTÍCULO CON MOTIVO DE LOS DIAS DEL REY.—RETIRADA DE LA LEY SOBRE LA POLÍTICA DE LA PRENSA.—PARÍS ILUMINADO.—BILLETE DE MR. MICHAUD.

La muerte del general Foy y del diputado Manuel arrebataron á la oposicion de la izquierda sus primeros oradores. Mr. de Serre y Camilo Jordan bajaron tambien al sepulcro. Hasta en el sillón de la Academia me vi obligado á defender la libertad de imprenta contra las lacrimosas súplicas de Lally-Tolendal. La ley sobre la policia de la prensa, que se llamó la ley de *justicia y de amor*, fue derribada por mis ataques. Mi opinion sobre este proyecto de ley es un trabajo curioso para la historia; yo recibí por él muchas felicitaciones, entre las cuales es conveniente recordar dos nombres.

«Señor vizconde: Agradezco mucho las gracias que habeis tenido la honrad de darme. Llamais obligacion lo que yo consideraba como una deuda, que he sido muy feliz en poder pagar al elocuente escritor. Todos los verdaderos amigos de las letras se asocian á vuestro triunfo y se consideran como partícipes de él. A vuestro lado ó distante de vos yo contribuiré á él con todo mi poder, si es posible que alguna vez tengais necesidad de esfuerzos tan débiles como los míos.

»En un siglo ilustrado como el nuestro, el genio es el único poder superior á la desgracia, y á vos, señor, correspondia dar una prueba palpable de ello á los que se afligen en la adversidad.

»Tengo el honor de ser, con la consideracion mas distinguida, vuestro, etc., etc.

»ETIENNE.

»París 9 de abril de 1827.»

«He tardado mucho, caballero, en daros gracias por vuestro admirable discurso. Una fluxion de ojos, trabajos para la cámara, y mas aun las espantosas sesiones de esta, me servirán de excusa. Además, sabeis cuánto se asocian mi espíritu y mi alma á todo lo que decís, y cuánto simpatizan con todo el bien que intentais hacer á nuestro desgraciado país. Me considero dichoso en unir mis débiles esfuerzos á vuestra poderosa influencia, y el delirio de un ministerio que atormenta y querría degradar á la Francia, si me inquietaba por sus próximos resultados, me da la seguridad consoladora de que tal estado de cosas no puede prolongarse. Vos habeis contribuido poderosamente á ponerle un término, y si algun día merezco que se coloque mi nombre muy cerca del vuestro en la lucha que es necesario sostener contra tanta locura y tanto crimen, me creeré muy bien recompensado.

»Recibid, señor, el homenaje de mi sincera admiracion, de mi profundo afecto y de mi mas alta consideracion,

»BENJAMIN CONSTANT.

»París 21 de mayo de 1827.»

En el momento de que hablo llegaba yo al apogeo de mi importancia política. Por la guerra de España yo habia dominado á la Europa; pero una violenta oposicion me combatia en Francia: despues de mi caída llegué á ser en el interior el dominador reconocido de la opinion. Los que me habian acusado de haber cometido una falta volviendo á coger la pluma, se veian obligados á reconocer que me habia formado un imperio mas poderoso que el primero. La joven

Francia se habia puesto toda entera de mi lado, y desde entonces no me ha dejado jamás. En muchas clases industriales los obreros estaban á mis órdenes, y yo no podia dar un paso en las calles sin verme rodeado por ellos. ¿De qué provenia mi popularidad? De que habia conocido el verdadero espíritu de la Francia. Yo habia entrado en el combate con un solo diario, y habia llegado á ser dueño de todos. Mi audacia era causada por mi indiferencia: como nada me importaba fracasar, iba derechamente al objeto, sin cuidarme del naufragio. Hoy no me queda mas que esta satisfaccion de mí mismo; porque, ¿qué importa ya á nadie una popularidad pasada y que se ha borrado completamente de la memoria de todos?

Habiendo llegado el día del rey, me aproveché de esta ocasion para manifestar una lealtad que jamás han alterado mis opiniones liberales, y publiqué este artículo:

¡Otra nueva tregua del rey!

«¡Paz hoy á los ministros!

»¡Gloria, honor, larga felicidad y larga vida á Carlos X! ¡Es en la tierra otro San Carlos!

»A nosotros, antiguos compañeros de destierro de nuestro monarca, es á quienes debe preguntarse la historia de Carlos X.

»Vosotros, franceses, que no os habeis visto obligados á abandonar á vuestra patria; vosotros, que no habeis recibido á un francés mas sino por sustraeros del despotismo imperial y del yugo extranjero; vosotros, habitantes de la gran ciudad, no habeis visto mas que al príncipe feliz. Cuando os agrupabais en torno suyo el 12 de abril de 1814; cuando, llorando de enternecimiento, tocábais sus manos consagradas; cuando volvíais á hallar sobre una frente ennoblecida por el tiempo y por la adversidad todas las gracias de la juventud, como se ve la belleza al través de un velo, vosotros no veíais mas que á la virtud triunfante, y conducíais al hijo de los reyes al lecho real de sus antepasados.

»Pero nosotros le hemos visto dormir sobre el suelo, como nosotros sin asilo, como nosotros proscripto y despojado. Pues bien; esa bondad que en él os encantaba, era entonces la misma; entonces llevaba la desgracia como lleva hoy la corona, sin hallar su peso demasiado grande, con esa benignidad cristiana que disminuía la magnitud de su infortunio, como atempera hoy el esplendor de su prosperidad.

»Los beneficios de Carlos X se aumentan aun con todos los beneficios de que nos han llenado sus abuelos: los días de un rey cristianísimo son para la Francia una fiesta de reconocimiento: entreguémonos, pues, á los trasportes de gratitud que deben inspirarnos. No dejemos penetrar en nuestra alma nada que pueda hacer, ni por un momento, menos pura nuestra alegría. ¡Desgracia á los hombres!... Pero íbamos á violar la tregua... ¡Viva el rey!

Mis ojos se han llenado de lágrimas al copiar esta página de mis polémicas, y no he tenido valor para continuar mis extractos. ¡Oh rey mío! ¡Yo, que os habia ya visto en la tierra extranjera, os he vuelto á ver en esa misma tierra en que íbais á morir! Cuando yo combatía con tanto ardor por arrancaros de las manos que comenzaban á perderos, juzgaban por las palabras que acabo de transcribir si era yo vuestro enemigo ó el mas tierno y sincero de vuestros servidores. ¡Ay, yo os hablo y no me oís ya!

Habiendo sido retirado el proyecto de ley sobre la policia de la imprenta, París celebró esta retirada con una iluminacion general y espontánea. Esta manifestacion pública me sorprendió, porque era un mal pronóstico para la monarquía: la oposicion habia tras-

cendido al pueblo, y el carácter del pueblo le hace transformar la oposicion en revolucion.

El odio contra Mr. de Villele iba cada vez mas en aumento; como en el tiempo de *El Conservador*, los realistas se habian hecho constitucionales á mi voz. Mr. Michaud me escribia:

«Mi digno maestro: He hecho imprimir ayer el anuncio de vuestra obra sobre la censura; pero el párrafo compuesto de dos líneas ha sido tachado por los señores censores. Si Dios no viene en nuestra ayuda, todo está perdido. El trono se halla, como la desgraciada Jerusalem, en manos de los turcos; apenas pueden acercarse sus hijos. ¡A qué causa nos hemos sacrificado!

»MICHAUD.»

IRRITACION DE MR. DE VILLELE.—CARLOS X QUIERE PASAR UNA REVISTA Á LA GUARDIA NACIONAL EN EL CAMPO DE MARTE.—MI CARTA AL REY.

La oposicion habia al fin excitado la irascibilidad en el temperamento frio de Mr. de Villele, y hecho despótico el espíritu malévolo de Mr. de Corbiere. Aquel habia destituido al duque de Liancourt de diez y siete puestos y comisiones que desempeñaba gratuitamente. El duque de Liancourt no era un santo, pero si un hombre benéfico, á quien la filantropía le habia conferido el título de *venerable*, porque por consecuencia de las costumbres de los antiguos revolucionarios, ningun hombre notable deja de llevar su epíteto, como los dioses de Homero: es siempre el respetable señor *tal*, el inflexible ciudadano *cual*, quien, como Aquiles, no ha comido jamás *cocido* (*á chylos*). Con motivo del escándalo ocurrido en el entierro de Mr. de Liancourt, Mr. de Semonville nos dice en la cámara de los Pares:—«Estad seguros, señores, de que esto no volverá á suceder: yo mismo os conduciré al cementerio.»

En el mes de abril de 1827 el rey quiso pasar una revista á la guardia nacional en el Campo de Marte. Dos días antes de esta fatal revista, impulsado por mi celo, y sin consultar mas que mi idea por hacer que se depusieran las armas, dirigí á Carlos X una carta, que le fue entregada por Mr. de Blacas, quien me acusó su recibo por medio del siguiente billete:

«No he perdido nn solo instante, señor vizconde, en entregar al rey la carta que me habeis hecho el honor de dirigirme para S. M.; y si se digna encargarme de alguna respuesta, me apresuraré del mismo modo á hacérsela llegar.

»Recibid señor vizconde, el mas sincero saludo.

»BLACAS DAULPS.»

»27 de abril de 1827 á la una de la tarde.»

Al rey.

«Señor: Permitid á un fiel vasallo, á quien en los momentos de agitacion se hallará siempre á los piés del trono, el confiar á V. M. algunas reflexiones que cree útiles para la gloria de la corona, como para la felicidad y la seguridad del rey.

»Señor: no es sino demasiado verdadero que amenazan peligros al Estado; pero estos peligros no serán nada si no se contrarian los principios de gobierno.

»Un gran secreto se ha revelado, señor: vuestros ministros han tenido la desgracia de hacer saber á la Francia que el pueblo, que se creía *muerto*, se halla vivo aun. Durante cuarenta y ocho horas la autoridad no ha ejercido dominio alguno en París. Las mismas

escenas se repetirán en toda la Francia; las facciones no olvidaran este ensayo.

»Pero las conmociones populares, tan peligrosas en las monarquías absolutas porque se presentan á la faz del mismo soberano, son muy poca cosa en los gobiernos representativos, porque solo se dirigen contra los ministros ó contra las leyes. Entre el monarca y sus súbditos hay una barrera que lo contiene todo: las dos cámaras y las instituciones públicas. Fuera de estos movimientos, la autoridad y la persona del rey es siempre sagrada y está á cubierto de todo.

»Pero hay, señor, una condicion indispensable para la seguridad general, y es la de obrar conforme al espíritu de las instituciones: la resistencia de vuestro consejo á este espíritu haria los movimientos populares tan peligrosos en la monarquía representativa como lo son en la monarquía absoluta.

»De la teoría paso á la aplicacion. V. M. va á aparecer en la revista: será sin duda acogido como debe serlo; pero es muy posible que en medio de los gritos de *viva el rey!* oiga otros gritos que le hagan conocer cuál es la opinion pública acerca de vuestros ministros.

»Por lo demás, es falso, señor, que haya hoy como se dice, una opinion republicana. Es verdad, sí, que hay partidarios de una monarquía ilegítima; pero estos son demasiado hábiles para no aprovecharse de la ocasion y no unir sus votos el día 29 á los de la Francia para disimular sus intenciones.

»¿Qué hará el rey? ¿Los gritos del pueblo le haran abandonar á sus ministros? Esto seria destruir el poder. ¿Conservará el rey sus ministros? Estos ministros haran recaer sobre su señor toda la impopularidad que los persigue. Sé muy bien que el rey tendria el suficiente valor para sufrir un dolor personal con tal de evitar un mal á la monarquía; pero hay un medio muy sencillo de evitar estas calamidades. Permitidme, señor, que os lo diga. Pueden evitarse, ciñéndose al espíritu de nuestras instituciones. Los ministros han dejado de tener mayoría en la cámara de los Pares y en la nacion, y la consecuencia natural de esta crítica posicion es su retirada. ¿Cómo podrian, si tuviesen el sentimiento de su deber, obstinarse en comprometer á la corona con su permanencia en el poder? Presentando su dimision á los piés de V. M. lo calmaran, lo terminaran todo: entonces no será ya el rey quien ceda, sino sus ministros, que se retiraran con arreglo á todos los principios del gobierno representativo, á todas las prácticas parlamentarias. El rey podrá volver á nombrar como ministros á aquellos que juzgue conveniente conservar: hay dos entre ellos: el duque de Doudeauville y el conde de Chabrol, á quienes honra la opinion.

»La revista perderia así todos sus inconvenientes, y no seria mas que un triunfo sin mezcla alguna de pesar. La legislatura terminará tambien en paz y en medio de las bendiciones dirigidas á la cabeza de mi rey.

»Señor: para haberme atrevido á escribiros esta carta es necesario que esté yo muy persuadido de la urgencia de tomar una resolucion; es necesario que un deber muy imperioso me haya impulsado á hacerlo. Los ministros son mis enemigos; yo lo soy suyo, y si los perdono como cristiano, no los perdonaré jamás como hombre. En tal posicion, yo no habria hablado jamás al rey de su retirada, si en ella no estuviese la salvacion de la monarquía.

»Soy etc.

»CHATEAUBRIAND.»

LA REVISTA.—LICENCIAMIENTO DE LA GUARDIA NACIONAL.—SE DISUELVE LA CÁMARA ELECTIVA.—NUEVA CÁMARA.—CAIDA DEL MINISTERIO VILLELE.—CONTRIBUYO A LA FORMACION DEL NUEVO MINISTERIO Y ACEPTO LA EMBAJADA DE ROMA.

La delina y la duquesa de Berry fueron insultadas al ir á presenciar la revista; al rey le recibieron bien; pero una ó dos compañías de la sexta legion gritaron: «Abajo los ministros; abajo los jesuitas.» Carlos X, sumamente irritado, contestó: «He venido aquí á recibir homenajes, pero no lecciones.» Por lo regular siempre pronunciaba palabras enérgicas, que no solía sostener con sus acciones: era atrevido de ánimo, pero tímido de carácter; así fue que al entrar en palacio dijo al mariscal Oudinot: «El efecto total ha sido satisfactorio, pues aunque hay en la guardia nacional algunos bullangeros, la masa es buena, y podeis manifestarle mi satisfacción.» Mr. de Villele, contra quien habian gritado las legiones delante del ministerio de Hacienda, llegó entonces, é irritado por todos los ataques precedentes, sin ser dueño de sí mismo para reprimir la cólera que sentia, propuso al consejo el licenciamiento de la guardia nacional. Vióse apoyado por MM. de Corbiere, Peyronnet, Damas y Clermont-Tonnerre, y combatido por Mr. de Chabrol, el obispo de Hermópolis y el duque de Doudeauville. Un decreto del rey dispuso el licenciamiento, que fue el golpe mas funesto á la monarquía, antes del último de las jornadas de julio. Si en esta época no hubiese estado disuelta la guardia nacional, no se hubieran levantado las barricadas. El duque de Doudeauville presentó su dimision, y escribió al rey una carta, en que le anunciaba el porvenir que todos tenían previsto.

El gobierno empezaba á temer, los periódicos redoblaban su audacia, y se les oponia, por costumbre, un proyecto de censura, hablándose al mismo tiempo de un ministerio en que figuraria Mr. de Polignac. Yo habia tenido la desgracia de hacer que este fuese nombrado embajador en Londres, á pesar de cuanto me habia dicho Mr. de Villele, quien en aquella ocasion vió mejor y desde mas lejos que yo; pero al entrar en el ministerio quise obligar á Monsieur, pues ya el presidente del consejo habia reconciliado á los dos hermanos, previendo el cambio de la corona, pensamiento que se vió realizado, al paso que queriendo yo ser astuto una vez, di pruebas de tonto, porque si Mr. de Polignac no hubiese ido de embajador á Londres, no hubiera llegado á ser ministro de Negocios Extranjeros.

Asediado Mr. de Villele por la oposicion realista liberal; importunado por las exigencias de los obispos, y engañado por los informes de los prefectos, resolvió disolver la cámara Electiva, á pesar de los trescientos individuos que le eran fieles: el restablecimiento de la censura precedió á la disolucion. Entonces combati con mas ardor que nunca; las oposiciones se unieron; las elecciones de los colegios pequeños salieron contra el ministerio; triunfó en París el lado izquierdo; siete distritos nombraron á Mr. Royer Collard, y los dos en que se presentó como candidato el ministro Mr. de Peyronnet le rechazaron. París se conmovió de nuevo; hubo conflictos y escenas sangrientas: levantáronse barricadas, y las tropas enviadas para restablecer el orden tuvieron que hacer fuego. De este modo se prepararon las últimas jornadas. En medio de estas disensiones, se recibió la noticia del combate de Navarino, triunfo en el cual pudiera yo reclamar mi parte. Las grandes desgracias de la restauracion se han anunciado siempre con victorias, las cuales no querian abandonar sino con disgusto á los herederos de Luis el Grande.

La cámara de los Pares gozaba del favor público

por su resistencia á las leyes opresoras, pero no sabia defenderse á sí misma, y se dejó confundir entre las hornadas de nuevos miembros, contra las cuales reclamaba yo casi solo. Predije que aquellos nombramientos viciarían su principio haciéndole perder con el tiempo el crédito en la opinion pública. ¿Me engañé por ventura? No solo destruyeron en Francia la aristocracia, sino que han llegado á ser un instrumento contra la aristocracia inglesa: esta se verá tambien envuelta entre una numerosa recepcion de togas, y acabará por perder su natural herencia, como ha acontecido á la pairia en Francia.

La nueva cámara pronunció su famosa negativa á los planes del gobierno, y reducido Mr. de Villele al último recurso, imaginó deshacerse de parte de sus colegas, y negoció con MM. Lafitte y Casimiro Perier: los dos gefes de la oposicion le prestaron oido, pero se apagó la mecha; Mr. de Lafitte no se atrevió á dar el primer paso; sonó la hora para el presidente, y cayó la cartera de sus manos. Al retirarme de los negocios me habia yo ruborizado, pero Mr. de Villele descansó sin entrar en la cámara de Diputados, partido que hubiera debido tomar: mas no tenia un conocimiento bastante profundo del gobierno representativo, ni la autoridad necesaria en la opinion para llevar á cabo tan acertada idea: los nuevos ministros exigieron su salida de la cámara de los Pares, y él la habia aceptado. Fui consultado respecto á algunas personas para reemplazar á otros individuos del gabinete, y propuse á Mr. Casimiro Perier y al general Sebastiani, pero no se hizo caso de mis palabras.

Mr. de Chabrol, encargado de formar el nuevo ministerio, me puso el primero de la lista; pero Carlos X me borró indignado. Mr. Portalis, hombre de carácter miserable, confederado durante los Cien-Dias, adulador de la legitimidad, de la cual hablaba como no hubiera osado hacerlo el mas ardiente realista, fue nombrado guarda-sellos. Mr. de Caux relevó á Mr. Clermont-Tonnerre en el ministerio de la Guerra: el conde Roy obtuvo el de Hacienda; el conde de la Ferronnays, amigo mio, se encargó del de Negocios Extranjeros, y Mr. de Martignac del de el Interior, aunque no tardó en aborrecerle, porque Carlos X atendia mas á su gusto que á sus principios, pues llegó á odiar á dicho ministro por su aficion á los placeres, al paso que estimaba á MM. de Corbiere y de Villele porque no iban á misa.

Mr. de Chabrol y el obispo de Hermópolis permanecieron provisionalmente en el ministerio: este último vino á verme antes de retirarse, y me preguntó si queria reemplazarle. «Ahí teneis, le dije, á monsieur Royer Collard, pues no abrigo el menor deseo de ser ministro; pero si el rey desease llamarme á su consejo, solo entraria en él por el ministerio de Negocios Extranjeros, en reparacion de la afrenta que he recibido.»

Después de la muerte de Mr. de Montmorency, trabajó Mr. de Riviere para derribar á Mr. de Villele, pues la parte devota de la córte se habia coligado contra el ministro de Hacienda. Quedaba el ministerio de Marina, que me ofrecieron, pero no quise aceptarlo, y habiéndome pedido el conde Roy que le indicase alguna persona, designé á Mr. Hyde de Neuville. Faltaba un preceptor para el duque de Burdeos, y se pidió mi parecer, que fue favorable á Mr. de Cheverus. El ministro de Hacienda habló al rey, y este le dijo: «Está bien; nombro á Hyde para Marina y en cuanto á Mr. de Cheverus, la eleccion es inmejorable, y siento no haber pensado en ella, porque he nombrado ya á Mr. de Tharin. Decidsele de mi parte á Chateaubriand.»

Mr. Roy vino á anunciarme el éxito de la negociacion, añadiendo: «El rey desea que acepteis una embajada, y si quereis, ireis á Roma.» La palabra Roma produjo en mí un efecto mágico, y experimenté

la tentacion que sentian los anacoretas en el desierto. Al menos por esta vez me agradaba el desierto. Pontificum veneranda sedes, sacrum solium. Me sentí poseido del deseo de fijar mis dias, de desaparecer (hasta por interés de mi nombre) en la ciudad de los funerales en el momento de mi triunfo político. No habria vuelto ya á elevar mi voz sino para saludar como el ave fatídica de Plinio todas las mañanas al Capitolio y á la aurora. Acaso habria tambien ganado mi patria en desembarazarse de mi persona; pues por lo enojoso que soy para conmigo mismo adivino lo pesado que debo ser para los demás. Abrumadores son los espíritus de cualquiera potencia que se roen y replegan sobre sí mismos. Dante dice que en el infierno las almas son atormentadas sobre una capa de fuego.

El duque de Laval, á quien iba yo á relevar en Roma, fue nombrado embajador en Viena.

EXAMEN DE UN CARGO.

Antes de entrar en otro asunto, séame permitido volver atrás, para descargarme de un peso. Se me ha acusado de haber contribuido á la caída de la monarquía legítima, y me conviene examinar este cargo.

Los sucesos ocurridos durante el ministerio de que formé parte tienen la importancia de estar ligados á la suerte de la Francia. Por esas afinidades extraordinarias que no se explican; por esas relaciones secretas que enlazan muchas veces fortunas opuestas, los Borbones han prosperado, á medida que han seguido mis consejos, aunque estoy muy lejos de creer, con el poeta, que *mi elocuencia haya servido de limosna á la autoridad real*.

Cada cual explicará como quiera estos hechos incontestables, que prestan á mi carrera política un valor relativo que por sí misma no tiene, y sin que por esto aumenten mi vanidad, pues no me complazco malignamente en que mi nombre se halle mezclado á los acontecimientos de dos siglos. Sea cual fuese la variedad de mi marcha aventurera, el último horizonte del cuadro es amenazador y triste.

..... *Juga cæpta moveri.*

Silvarum visæque canes ululare per umbram.

Dicese, sin embargo, que si la escena ha cambiado de una manera deplorable, á nadie debo acusar mas que á mí mismo. Se asegura que por vengar lo que me ha parecido una injuria todo lo he dividido, y que de esta division ha resultado la caída del trono. Reflexionemos.

Mr. de Villele ha declarado que no se podia gobernar ni conmigo ni sin mí. Conmigo, era un error; sin mí, era cierto, cuando Mr. de Villele lo decia, porque las diferentes opiniones me daban una mayoría.

Nunca ha llegado á conocerme el presidente del consejo: yo le era sinceramente adicto, y le hice entrar en su primer ministerio, como lo prueban la carta de gracias del duque de Richelieu y otros billetes que he citado: tambien hice dimision de la embajada de Berlin cuando Mr. de Villele se retiró del ministerio. Conquistaron persuadirle, cuando se hizo por segunda vez cargo de los negocios, de que yo deseaba su plaza; pero no habia tal cosa, pues no perteneczo á esa raza intrépida, sorda á la voz del desinterés y de la razon. La verdad es que nada ambiciono, y que me falta esta pasion, porque precisamente me domina otra. Cuando pedia yo á Mr. de Villele que llevase al despacho del rey algun asunto importante para evitarme la molestia de ir á palacio y no privarme del placer de visitar una capilla gótica, en la calle de *Saint Julien-le-Pauvre*, pudo asegurarse de mis intenciones desinteresadas si hubiera reflexionado

mejor acerca de los objetos que merecian mi preferencia.

Nada me agradaba en la vida positiva, á no ser el ministerio de Negocios Extranjeros, pues no era insensible á la idea de que la patria me debiese la libertad en el interior y en el exterior la independencia. En vez de querer derribar á Mr. de Villele, habia dicho al rey: «Mr. de Villele es un presidente sumamente ilustrado; V. M. debe conservarle siempre al frente de su consejo.»

Mr. de Villele no comprendió que si mi ánimo tendia á la dominacion, siempre se sometia á mi carácter. Encontraba placer en la obediencia, por lo mismo que ella me libertaba de mi propia voluntad. Mi defecto capital es el fastidio, el disgusto de todo; la duda perpetua. Si un príncipe que me conociese me hubiera obligado á trabajar, tal vez hubiera sacado de mí algun partido; pero raras veces se encuentra el hombre que quiere con el hombre que puede. Y en resumidas cuentas, ¿existe hoy alguna cosa que nos precise á movernos de la cama, cuando nos dormimos al ruido de los tronos que caen, y que el pueblo barre por la mañana?

Ademas, cuando se separó de mí Mr. de Villele, se relajó la política, y la contrariedad que experimentaba de parte de las opiniones interiores y el movimiento de las exteriores le irritó en extremo. De aquí resultaron la censura de la prensa y el licenciamiento de la guardia nacional. ¿Debia yo dejar que pereciese la monarquía por conquistar la fama de una moderacion hipócrita? Creí sinceramente llenar mi deber combatiendo al frente de la oposicion, por lo mismo que preveia el peligro. Cuando cayó Mr. de Villele, se me consultó para la formacion de otro ministerio, y si hubiesen sido nombrados Mr. Casimiro Perier, el general Sebastiani y Mr. Royer Collard, como yo proponia, la situacion hubiera podido sostenerse. Yo no quise aceptar el ministerio de Marina; rehusé asimismo dos veces el de Instruccion pública. ¿Por qué? Porque no queria entrar en el consejo sin poderlo dirigir. Preferí, pues, ir á Roma á encerrarme entre sus ruinas, para buscar en ellas el otro yo mismo, porque en mi persona hay dos seres distintos que no tienen comunicacion entre sí.

El exceso del resentimiento no me justificaria; pero mi vida entera puede servirme de excusa, si he faltado á lo que me debo á mí mismo.

Siendo oficial del regimiento de Navarra, vine de los bosques americanos al lado de la monarquía fugitiva para combatir en sus filas contra mis propias ideas, sin convicciones, y tan solo por cumplir con mis deberes de soldado: pasé ocho años en tierra extranjera, lleno de trajos y privaciones.

Después de pagar este tributo volví á Francia el año de 1800; Bonaparte me buscó y colocó; pero cuando acaeció la muerte del duque de Enghein, me adherí de nuevo á la memoria de los Borbones. Mis palabras sobre el sepulcro de *Mesdames* en Trieste irritaron la cólera del dispensador de los imperios, quien amenazó matarme á sablazos en las escaleras de las Tullerías: el folleto *De Bonaparte y de los Borbones* valió á Luis XVIII, segun confesion propia, tanto como un ejército de cien mil hombres.

Con ayuda de la popularidad que entonces me acompañaba, la Francia anti-constitucional comprendió las instituciones de la autoridad real legítima. Durante los Cien Dias la monarquía me vió á su lado en su segundo destierro: por último, cuando se llevó á cabo la guerra de España, habia yo contribuido á sofocar las conspiraciones, á reunir las opiniones bajo la misma bandera, y á hacer respetar nuestras armas. Ya se conocen mis proyectos y adelantar nuestras fronteras y proporcionar en el Nuevo-Mundo nuevas coronas á la estirpe de San Luis.

Esta larga perseverancia en los mismos sentimien-

tos merecia algunas consideraciones: sensible á una afrenta, érame imposible desentenderme de lo que valia, hasta el punto de olvidar que era el autor de *El Genio del Cristianismo*.

Mi agitacion crecia al pensar que una querrela mezquina impedia que nuestra patria se engrandeciese, perdiendo una ocasion que no volveria á encontrar. Si se me hubiese dicho: «Se ejecutaran vuestros planes; se hará, sin vos, lo que habeis pensado,» todo lo hubiera olvidado por la Francia. Por desgracia conocia yo que no se seguirian mis instrucciones, y la experiencia ha demostrado que tenia razon.

Yo estaba persuadido de que el conde de Villele no comprendia la sociedad, y creo que las sólidas cualidades de este ministro no se adaptaban á la época en que ejerció el poder. Bajo otro orden de cosas financieras, comerciales é industriales, hubiera sido un rey. Durante la restauracion, todas las facultades del alma estaban vivas; todos los partidos soñaban realidades ó quimeras, que se chocaban en tumulto al avanzar ó retroceder; nadie queria permanecer donde estaba, y á nadie parecia la legitimidad constitucional la última palabra de la república ó de la monarquía. Se sentian hervir bajo la tierra ejércitos ó revoluciones, que iban á presentarse para cumplir misiones extraordinarias. Mr. de Villele se hallaba ilustrado acerca del movimiento; veia crecer las alas, que, impulsando á la nacion, le preparaban su elemento; pero él queria detener á la nacion, sin poseer la fuerza necesaria para conseguirlo. Yo queria entretener á los franceses en adquirir gloria y llevarlos á la realidad por medio de sueños deliciosos, y esto era lo que ellos querian.

Si hubiese adivinado los resultados, me hubiera abstenido, y la mayoría tambien, de votar la negativa á los proyectos ministeriales, pues nadie deseaba seriamente una catástrofe, á excepcion de algunas personas. Al principio solo hubo un motin, que la dignidad convirtió en revolucion; pero á esa dignidad faltó inteligencia, prudencia y resolucion para salvarse. Al fin es una monarquía que ha caido, como caeran otras muchas; yo no le debia mas que mi fidelidad, y la tendrá siempre.

Adicto á las primeras adversidades de la monarquía, me he consagrado tambien á sus últimos infortunios, porque siempre me tendrá á su lado la desgracia. Todo lo he abandonado; posicion, pensiones y honores; jueces austeros y rígidos, virtuosos é infalibles realistas, que habeis mezclado á vuestras riquezas un juramento, tened alguna indulgencia para mis amarguras pasadas, que estoy expiando á mi modo, enteramente opuesto al vuestro! ¿Creéis, por ventura, que á la noche, á la hora en que el hombre trabajador descansa, no siente el peso de la vida, cuando este peso le abrumba? Y sin embargo, he podido sacudir el peso, porque he visto á Felipe en su palacio á principios de agosto de 1830, y si yo hubiera querido, habria escuchado de su boca palabras generosas.

Mas tarde, si me hubiese arrepentido de haber obrado mal, me hubiera sido fácil ahogar el sentimiento de mi conciencia, pues Mr. Benjamin Constant, hombre poderoso entonces, me escribia el 20 de setiembre: «Quisiera mejor escribiros respecto á vos que acerca de mí, porque eso tendria mas importancia: quisiera hablaros de la pérdida que haceis experimentar á la Francia con retiraros, despues de haber ejercido en ella una influencia tan noble y saludable. Pero seria indiscrecion el mezclarme de este modo en cuestiones personales, y debo respetar vuestros escrúpulos, lamentándome de ellos, como se lamentan todos los franceses.»

Me parecia que no habia llenado todos mis deberes, y he defendido á la viuda y al huerfano, arrojando un proceso y la prision, que el mismo Bonaparte, á pesar de su cólera, no me impuso. Yo me presento

entre mi dimision al saber la muerte del duque de Enghien y mi grito por el niño despojado; me apoyo en un príncipe fusilado y otro destronado; ellos sostienen mis brazos con los suyos. Realistas, ¿podeis decir que estais tan bien acompañados como yo?

Cuanto mas he aprisionado mi vida entre los lazos de la adhesion y del honor, tanto mas he subordinado la libertad de mis acciones á la independencia del pensamiento. Ahora que miro las cosas desde lejos, aprecio á los gobiernos por lo que valen. ¿Podrá creerse á los reyes que vengan? ¿Se debe creer en los pueblos que hoy mandan? El hombre sabio y desconsolado de este siglo solo encuentra reposo en el ateísmo político. Vivan en medio de esperanzas las nuevas generaciones, ya que verán correr muchos años antes de que se realice su objeto; las edades tienden á la nivelacion general; pero no apresurah su marcha con arreglo á nuestros deseos, porque el tiempo es una especie de eternidad apropiada á las cosas mortales.

Resulta de lo que acaba de leerse, que si se hubiese hecho lo que yo aconsejaba; si rastreras envidias no hubiesen preferido su satisfaccion al interés de la Francia; si el poder hubiese apreciado mejor las capacidades relativas; si los gabinetes extranjeros hubiesen juzgado, como Alejandro, que la salvacion de la monarquía francesa estriba en las instituciones liberales; si dichos gabinetes no hubiesen mantenido á la autoridad restablecida en la desconfianza del principio de la Carta, la legitimidad ocuparia hoy el trono. Pero es ya inútil volver la vista atrás porque nada se encontrará de lo que quedaba. Hombres, ideas, circunstancias... todo ha desaparecido.

París 1839.

MADAMA RECAMIER.

Pasemos á la embajada de Roma, á esa Italia, el ensueño de mis dias. Antes de continuar mi narracion, debo hablar de una mujer que no habrá que perder ya de vista hasta el final de estas *Memorias*. Va á establecerse una correspondencia de Roma á París entre ella y yo: de consiguiente es preciso saber á quién escribo, cómo y en qué época conocí á Mad. Recamier.

Esta encontró en las diferentes clases de la sociedad personajes mas ó menos célebres que figuraban en la escena del mundo. Todos le han tributado culto. Su belleza mezcló su existencia ideal á los hechos materiales de nuestra historia, como una luz serena que ilumina un cuadro de tempestad.

Volvamos aun á tiempos pasados y tratemos de bosquejar á la luz de mi ocaso un retrato sobre el cielo en donde mi noche, que se acerca, va á esparcir bien pronto sus sombras.

Una carta publicada en *El Mercurio* despues de mi regreso á Francia en 1800 habia llamado la atencion á Mad. de Stael. Yo no estaba aun borrado de la lista de los emigrados: *Atala* me sacó de mi oscuridad. Madame Bacciochi (Elisa Bonaparte), á instancias de Mr. de Fontanes, solicitó y obtuvo mi eliminacion, de la que se habia ocupado Mad. de Stael, y yo fui á darle las gracias. No recuerdo bien si fue Cristian de Lamignon ó el autor de *Corina* quien me presentó á su amiga, Mad. Recamier, que vivia á la sazón en su casa de la calle de Mont-Blanc. Al salir de mis bosques y de la oscuridad de mi vida, mi carácter era enteramente salvaje, y apenas me atreví á levantar los ojos hacia una mujer rodeada de adoradores.

Casi un mes despues me hallaba una mañana en casa de Mad. de Stael, la cual me habia recibido en su tocador: vestíala la señorita Oliva, y jugaba entre sus dedos con una ramita verde. Entró de repente Mad. Recamier vestida con un traje blanco, y se sentó en el centro de un sofá de seda azul. Mad. de Stael, que permaneció en pié, continuó su conversacion muy

animada, y hablaba con elocuencia; pero yo apenas le contestaba, fijas mis miradas en Mad. Recamier. Nunca habia inventado mi imaginacion una cosa igual, y entonces se apoderó de mí mas que nunca el desaliento: mi admiracion se trocó en enojo contra mi persona. Mad. Recamier salió, y no volví á verla hasta doce años despues.

«Doce años! ¿Qué poder enemigo corta y malgasta así nuestros dias, prodigándoles irónicamente á todas las indiferencias llamadas cariños, á todas las miserias denominadas felicidades! Luego por una nueva burla, despues que ha marchitado y desperdiciado la porcion mas preciosa de ellos, trae al hombre al punto mismo de su partida. ¿Y cómo le trae? Con el ánimo impregnado de ideas extrañas, de fantasmas importunos, de sentimientos erróneos é incompletos de un mundo que ninguna felicidad le ha dejado. Esas ideas, esos fantasmas, esos sentimientos se interponen entre el hombre y la felicidad que aun pudiera gustar, y aquel vuelve con el corazón henchido de pesares, y desolado de esos errores de la juventud tan penosos á la memoria en el pudor de los años. Así volví yo, despues de haber estado en Roma y en Siria; despues de haber visto pasar el Imperio; despues de haber sido el hombre del ruido; despues de haber dejado de ser el hombre del silencio. ¿y qué habia hecho Mad. Recamier? ¿Cuál habia sido su vida?»

No he conocido la mayor parte de la existencia, brillante y retirada á la vez, de que voy á ocuparme; de consiguiente me veo en la precision de acudir á autoridades diferentes de la mia, pero que serán irrecusables. En primer lugar, Mad. Recamier me ha referido hechos de que ha sido testigo y me ha comunicado cartas preciosas. Ella ha escrito sobre lo que ha visto, notas cuyo texto me ha permitido consultar y muy rara vez citar. Luego, Mad. de Stael en su correspondencia; Benjamin Constant en sus memorias, impresas unas y manuscritas otras; Mr. Ballanche en un bosquejo de nuestra comun amiga; la duquesa de Abrantes en sus reseñas, y Mad. de Genlis en las suyas, han suministrado materiales en abundancia á mi narracion, y no he hecho mas que anudar unos con otros tantos nombres bellos, llenando los huecos con mi relato, cuando aparecian rotos algunos eslabones de la cadena de los sucesos.

Montaigne dice que los hombres caminan con la boca abierta hacia las cosas futuras; yo tengo la manía de caminar así hacia las cosas pasadas. Todo es placer, especialmente cuando vuelve uno los ojos hacia los primeros años de las personas á quienes ama: así prolonga una vida querida, difunde el cariño que experimenta sobre dias ignorados que resucita, embellece lo que fue con lo que es, y reconstruye una juventud.

INFANCIA DE MAD. RECAMIER.

He visto en Lyon el *Jardin de las Plantas*, formado sobre las ruinas del anfiteatro antiguo, y en los jardines de la antigua *abadía de la Deserte*, destruida en la actualidad: á los piés corren el Ródano y el Saona: á lo lejos se eleva la montaña mas alta de Europa, primera columna miliaria de Italia, con su rótulo blanco por encima de las nubes, Mad. Recamier fue puesta en esa abadía, en donde pasó su infancia detrás de una verja que solo se abria sobre la iglesia exterior al tiempo de alzar en la misa. Entonces se divisaba en la capilla interior del convento á las jóvenes prosternadas. La fiesta de la abadesa era la principal de la comunidad, y la pensionista mas hermosa hacia el cumplimiento de estilo: presentábase con el traje ajustado, trenzados sus cabellos, y la cabeza velada y coronada por mano de sus compañeras: todo esto en silencio, porque la hora de levantarse era una de las que en los monasterios se llamaban del *gran silencio*. Excuso de-

cir que Julieta tenia los honores del dia. Sus padres, establecidos en París, llamaron á su hija al lado suyo. Tomo la siguiente nota de los borradores escritos por Mad. Recamier:

«La víspera del dia en que debia venir á buscarme mi tia, fui conducida al cuarto de la abadesa para recibir su bendicion. Al dia siguiente salí bañada en lágrimas por la puerta que no recordaba se hubiese abierto para dejarme entrar; subí á un carruaje con mi tia, y marchamos á París.

«Dejo con pesar una época tan pura y tranquila para entrar en la de las agitaciones. A veces me la presento como en un vago y dulce ensueño, con sus nubes de incienso, sus ceremonias infinitas, sus procesiones en los jardines, sus cánticos y sus flores.»

Esas horas arrancadas de un piadoso desierto derriban ahora en otra soledad religiosa, sin haber perdido nada de su frescura ni de su armonía.

JUVENTUD DE MAD. RECAMIER.

Benjamin Constant, el hombre de mas imaginacion despues de Voltaire, procuró dar una idea de la primera juventud de Mad. Recamier, bebiendo en el modelo cuyas facciones pretendia bosquejar, una gracia que no le era natural.

«Entre las mujeres de nuestra época, dice, célebres por sus ventajas de figura, talento ó carácter, hay una que quiero retratar. Su belleza la hizo admirar desde luego: su alma se hizo conocer en seguida, y esta pareció todavía superior á la primera. El trato del mundo suministró á su talento el medio de desplegar, y su talento no fue inferior ni á su belleza ni á su alma.

Contando apenas trece años, y casada con un hombre que ocupado en multitud de negocios no podia guiar su extremada juventud, se halló Mad. Recamier entregada casi enteramente á sí propia en un país que era todavía un caos.

«Muchas mujeres de la misma época han hecho diversamente célebre su nombre en toda Europa: la mayor parte han pasado el tributo á su siglo, unas por amores sin delicadeza, otras por condescendencias culpables hacia las tiranías sucesas.

«La que describo salió brillante y pura de aquella atmósfera que mancillaba todo lo que no corrompia. La infancia fue primero una salvaguardia para ella, pues el autor de tan bella obra todo lo hacia redundar en beneficio suyo. Alejada del mundo en una sociedad embellecida por las artes, hacia una dulce ocupacion de todos esos estudios encantadores y poéticos que son luego encanto de otra edad.

«Con frecuencia tambien, rodeada de jóvenes compañeras, se entregaba con ellas á juegos bulliciosos. Esbelta y ligera, las aventajaba en correr, ó cubria con un pañuelo sus ojos, que algun dia debian traspasar todas las almas. Su mirada, hoy tan expresiva y profunda, y que parece revelar misterios que ella misma no conoce, solo brillaba entonces con una alegría viva y juguetona. Sus hermosos cabellos; que no pueden desatarse sin causar turbacion en quien los mira, caian entonces sin peligro para nadie sobre sus blancos hombros. Una risa ruidosa y prolongada interrumpia muchas veces sus conversaciones en antiles; pero ya podia notar en ella esa observacion fina y rápida que sabe hallar lo ridiculo, esa malignidad dulce que se chancea sin herir nunca, y sobre todo ese sentimiento exquisito de elegancia, de pureza, de buen gusto, verdadera nobleza nativa, cuyos títulos aparecen impresos en los seres privilegiados.

«La gran sociedad de entonces era demasiado con-

traría á su naturaleza para que ella no prefiriese el retiro. Jamás se la vió en las casas abiertas al primero que llegaba, únicas reuniones posibles cuando toda sociedad cerrada habria parecido sospechosa; en donde todas las clases acudían precipitadamente, porque allí podía hablarse sin decir nada, y encontrarse la gente sin comprometerse; en dónde el mal tono hacia las veces del talento y el desorden las de la alegría. Jamás se la vió en aquella corte del Directorio, en donde el poder era á la vez terrible y familiar, é inspiraba temor, sin librarse por eso del desprecio.

»Sin embargo, Mad. Recamier salía á veces de su retiro para ir al teatro ó á los paseos públicos, y en

estos sitios por todos frecuentados aquellas escasas apariciones eran verdaderos acontecimientos. Quedaba olvidado todo otro objeto en aquellas reuniones inmensas, y todos se precipitaban á verla pasar. El hombre bastante feliz para acompañarla tenia que arrostrar la admiración como un obstáculo: sus pasos se veían á cada momento detenidos por los espectadores, que se apiñaban en torno de ella. Mad. Recamier gozaba de su triunfo con la alegría de una niña y la timidez de una joven pero la graciosa dignidad que la distinguía en su retiro de sus jóvenes amigas, contenía por fuera á la multitud efervescente. No parecía sino que reinaba igualmente con su sola presencia so-



CARLOS X PASA REVISTA A LA GUARDIA NACIONAL.

bre sus compañeras y sobre el público. Así trascurrieron los primeros años del matrimonio de Mad. Recamier, entre ocupaciones poéticas, juegos infantiles en el retiro, y cortas y brillantes apariciones en el mundo.»

Interrumpiendo la narración del autor de *Adolfo*, diré que en aquella sociedad que sucedió al Terror todos tenían aparentar que poseían hogar. Reuniase la gente en los sitios públicos, especialmente en el *Pabellón de Hannover*: cuando yo ví ese pabellón se hallaba abandonado como el salón de una fiesta de ayer ó como un teatro, del que hubiesen desaparecido para

siempre los actores. Allí se habían encontrado jóvenes escapadas de la prisión, á quienes Andrés Chenier había hecho decir:

Aun no quiero morir.

Mad. Recamier había encontrado a Danton caminando al suplicio, y muy luego vió algunas de las hermosas víctimas sustraídas á los que á su vez fueron víctimas de su propio furor.

Vuelvo otra vez á Benjamin Constant:

«El ánimo de Mad. Recamier tenia necesidad de

otro alimento. El instinto de lo bello le hacia amar de antemano sin conocerlos á los hombres distinguidos por una reputación de talento y de genio.

»Mr. de Laharpe fue uno de los primeros que supieron apreciar á aquella mujer que debía reunir algún día en torno suyo á todas las celebridades de su siglo. Háblala visto en su infancia; la volvió á encontrar casada, y la conversación de aquella joven de quince años tuvo mil atractivos para un hombre á quien su excesivo amor propio y el hábito del trato con los hombres de mas talento de Francia hacían muy exigente y difícil.

»Mr. de Laharpe se desprendía al lado de Mad. Recamier de la mayor parte de los defectos que hacían su trato escabroso y casi insostenible. Complacíase en ser su guía, y admiraba la rapidez con que su talento suplía á la experiencia, y comprendía todo cuanto le revelaba acerca del mundo y de los hombres. Era esto en la época de aquella conversión famosa, que tantas personas han calificado de hipocresía. Yo he considerado siempre esa conversión como sincera. El sentimiento religioso es una facultad inherente al hombre, y es un absurdo sostener que el fraude y el engaño hayan creado esa facultad. No se pone en el alma humana mas que lo que la naturaleza ha puesto en ella. Las persecuciones, los abusos de autoridad en favor de ciertos dogmas pueden hacernos ilusión á nosotros mismos, y rebelarnos contra lo que experimentaríamos, si no nos lo impusiesen; pero desde que han cesado las causas exteriores, volvemos á nuestra tendencia primitiva; cuando no hay ya valor en resistir, no se halla atractivo en la resistencia. Ahora bien, habiendo quitado la revolución ese mérito á la incredulidad, los hombres á quienes solo la vanidad hizo incrédulos, pudieron muy bien hacerse religiosos de buena fe.

»Mr. de Laharpe era de ese número; pero conservó su carácter intolerante y esa predisposición amarga que le hacia concebir nuevos odios sin abjurar los antiguos. Sin embargo, con Mad. Recamier desaparecieron todas esas espinas de su trato.»

Véanse algunos fragmentos de las cartas de Mr. de Laharpe á Mad. Recamier, de que habla Benjamin Constant:

Sábado 28 de setiembre.

«Qué, señora, ¿llevais vuestra bondad hasta el punto de querer honrar con una visita á un pobre proscripto como yo? Bien podré decir ahora como los antiguos patriarcas, á quienes por otra parte me asemejo tan poco, «que ha venido un ángel á mi morada.» Bien sé que os complacéis en hacer obras de misericordia, pero en los tiempos que corren todo bien es difícil, y este lo mismo que los otros. Debo avisaros, con gran pesar mío, que venir sola es desde luego imposible, por muchas razones, y entre otras, que con vuestra juventud y vuestra hermosura, cuyo esplendor os seguirá por donde quiera, no podríais viajar sin una camarera á quien la pudencia me prohíbe confiar el secreto de mi retiro, que no es mío solo. No tendríais, pues, mas que un medio de ejecutar vuestra generosa resolución, que sería ponerlos de acuerdo con Mad. de Clermont, la cual os conduciría un día á su casa de campo, y desde allí os sería muy fácil venir con ella. Ambas á dos estais hechas para apreciaros y amaros mutuamente.....»

»Estoy componiendo en estos momentos una porción de versos, y al hacerlos pienso con frecuencia que podré leerlos algún día á esa hermosa y encantadora Julieta, cuyo talento es tan fino como su mirada, y el gusto tan puro como su alma.

»También os enviaría el fragmento de Adonis que os gusta, aunque para mí es ya algo profano; pero

quisiera la promesa de que no saldrá de vuestras manos....»

»Adios, señora; me dejo llevar con vos de ideas que cualquiera otro que vos encontraria extraño dirigir á una persona de diez y seis años; pero sé que vosotros diez y seis años estais solo en vuestro semblante.»

Sábado.

«Mucho tiempo hace, señora, que no he tenido el placer de conversar con vos, y si estais segura, como debéis estarlo, de que esta es una de mis privaciones, no me hareis reconvencciones por ello.

Habéis leído en mi alma; habéis visto que llevaba en ella el luto de las desgracias públicas y el de mis propias faltas, y he debido conocer que esta triste posición formaba un contraste sobrado fuerte con todo el esplendor que rodea vuestra edad y vuestros encantos. Hasta temo que se haya hecho revelar algunas veces en los pocos momentos que me ha sido permitido pasar con vos, y reclamo por ello vuestra indulgencia. Pero en la actualidad, señora, que la Providencia parece mostrarnos muy de cerca un porvenir mas halagüeño, ¿á quién mejor que á vos podría confiar la alegría que me infunden tan dulces esperanzas y que yo creo tan próximas? ¿Quién ocupará mas preferente lugar que vos en los regocijos particulares que se mezclarán á la pública alegría? Entonces seré mas susceptible y menos indigno de las dulzuras de vuestra encantadora sociedad, ¿y por cuán feliz me tendria en poder contribuir á ello en algo! Si os dignais dar el mismo valor al fruto de mi trabajo, sereis siempre la primera á quien me apresuraré á presentarlo en homenaje. Entonces no mas contradicciones ni obstáculos: siempre me hallareis á vuestras órdenes, y espero que nadie podrá censurarme por esa preferencia; pues diré, ahí teneis á la que en la edad de las ilusiones, y con todas las ventajas brillantes que pueden disculparlas, conoció toda la nobleza y delicadeza de los procedimientos de la mas pura amistad, y en medio de todos los homenajes se acordó de un proscripto: ahí teneis aquella cuya juventud y gracias he visto crecer en medio de una corrupción general que no pudo contaminarlas nunca, á aquella cuya razón de diez y seis años avergonzó muchas veces á la mía, y estoy seguro de que nadie osará contradecirme.»

La tristeza de los sucesos, de la edad y de la religión, oculta bajo una expresión tierna, ofrece en estas cartas una mezcla singular de ideas y de estilo. Volvamos otra vez á la narración de Benjamin Constant:

«Llegamos á la época en que Mad. Recamier se vió por la primera vez objeto de una pasión fuerte y perseverante. Hasta entonces había recibido homenajes unánimes de parte de todos los que no la conocían; pero su género de vida no presentaba en ninguna parte centros de reunión en donde pudiese haber seguridad de encontrarla. Ella no recibía nunca en su casa, y no se había formado aun sociedad en donde pudiese penetrarse todos los días para verla y tratar de agradecerle.

»En el verano de 1799 fué Mad. Recamier á habitar el palacio de Clichy, á un cuarto de legua de París. Un hombre, célebre despues por diferentes géneros de pretensiones, y mas célebre todavía por las ventajas que rehusó que por los triunfos que obtuvo, Luciano Bonaparte, hizo que le presentasen á Mad. Recamier.

»Hasta entonces no había aspirado este mas que á conquistas fáciles, y no había estudiado para obtenerlas mas que los medios de novela que su poco conocimiento de mundo le hacia creer infalibles. Es posible que le sedujese en un principio la idea de cautivar á la